

ZENEA, JUAN CLEMENTE (1832 -1871)

ANTOLOGIA

INDICE:

FIDELIA
SOBRE EL MAR
AMOR PREDESTINADO
EL LUNAR
RECUERDO
NOCHE TEMPESTUOSA
A NICOLAS AZCARATE EN LA MUERTE DE SU HIJA
EN DIAS DE ESCLAVITUD
DIARIO DE UN MARTIR
LAS SOMBRAS
DUERME EN PAZ
AUSENCIA
EN UN ÁLBUM
A UNA GOLONDRINA
EN GREENWOOD
NOCTURNO
SEGUNDAS NUPCIAS
ORIENTE Y OCASO
RECUERDO
RETORNO
POR LA TARDE
EL SEPULCRO
ISABEL
CELOS
¡DUERME EN PAZ!
EN LA MUERTE DE...
EN LA MUERTE DE UN NIÑO
¡AY DE MÍ!
A FORNARIS, EN LA MUERTE DE LOLA
ADIÓS
AUSENCIA
EXPERIENCIA
DICHOSO EL HOMBRE...
DUDAS

FIDELIA

¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años,
y era una tarde serena!
¡Yo era joven y entusiasta,
pura, hermosa y virgen ella!

Estábamos en un bosque
sentados sobre una piedra,
mirando a orillas de un río
como temblaban las hierbas.

¡Yo no soy el que era antes,
corazón en primavera,
llama que sube a los cielos,
alma sin culpas ni penas!

¡Tú tampoco eres la misma,
no eres ya la que tú eras;
los destinos han cambiado,
yo estoy triste y tú estás muerta!

La hablé al oído en secreto,
y ella inclinó la cabeza;
rompió a llorar como un niño,
y yo amé por vez primera.

Nos juramos fe constante
Dulce gozo y paz eterna
Y llevar al otro mundo
Un amor y una creencia.

Tomamos ¡ay! por testigos
de esta entrevista suprema,
unas aguas que se agotan
y unas plantas que se secan;

nubes que pasan fugaces,
auras que rápidas vuelan,
la música de las hojas
y el perfume de las selvas.

No consultamos entonces
nuestra suerte venidera,
y en alas de la esperanza
lanzamos finas promesas;

no vimos que en torno nuestro
se doblegaban enfermas,
sobre los débiles tallos,
las flores amarillentas;

y en aquel loco delirio,
no presumimos siquiera
que yo al fin me hallara triste,
¡que tú al fin te hallaras muerta!

Después, en tropel alegre,
Vinieron bailes y fiestas,
Y ella expuso a un mundo vano
Su hermosura y su modestia.

La lisonja que seduce,
y el engaño que envenena,
para borrar mi memoria
quisieron besar sus huellas;

pero su arcángel custodio
bajó a cuidar su pureza,
y protegió con sus alas
las ilusiones primeras-

conservó sus ricos sueños
y, para gloria más cierta,
en el vaso de su alma
guardó el olor de las selvas,

guardó el recuerdo apacible
de aquella tarde serena;
mirra de santos consuelos,
áloe de la inocencia...

¡Yo no tuve ángel de guarda
y, para colmo de penas,
desde aquel mismo momento
está en eclipse mi estrella;

que en un estrado, una noche,
al grato son de la orquesta,
yo no sé por qué motivo
se enlutaron mis ideas;

sentí un dolor misterioso,
torné los ojos a ella,
presentí lo venidero:
me vi triste y la vi muerta!

Con estos temores vagos
partí a lejanas riberas,
y allá bañé mis memorias
con una lágrima acerba.
Juzgué su amor por el mío,
entibióse mi firmeza,
y en la duda del retorno,
olvidé su imagen bella.

Pero al volver a mis playas,
¿qué cosa Dios me reserva?...
¡Un duro remordimiento,
y el cadáver de Fidelia!

Baja Arturo al Occidente
bañado en púrpura regia,
y al soplar del manso Alicia
las eolias arpas suenan;

gime el ave sobre un sauce,
perezosa y soñolienta;
se respira un fresco ambiente,
huele el campo a flores nuevas;

las campanas de la tarde
saludan a las tinieblas,
y en los brazos del reposo
se tiende naturaleza...

¡Y tus ojos se han cerrado!
¡y llegó tu noche eterna,
y he venido a acompañarte,
y ya estás bajo la tierra!...

¡Bien me acuerdo! Hace diez años
de aquella santa promesa,
y hoy vengo a cumplir mis votos,
y a verte por vez postrera.

Ya he sabido lo pasado...
supe tu amor y tus penas,
y hay una voz que me dice
que en tu alma inmortal me llevas.

Mas... lo pasado fue gloria,
pero el presente, Fidelity,
el presente es un martirio,
¡yo estoy triste y tú estas Muerta!

SOBRE EL MAR (A R. M. Mendive)

And now I'm in the world alone
Upon the Wide, wide sea!
-Byron.

Hinchaba el viento las lonas,
La quilla espumas hollaba,
Y en la popa tremolaba
Orgullosa el pabellón;
Y yo a la borda del buque
Lloroso y meditabundo,
Llevaba en mi mente un mundo
De entusiasmo y de ilusión.

La gaviota pasajera
Las blancas alas batía.
Y el sol entero se hundía
Tras un cielo azul turquí,
Y yo mirando al poniente
Suspiré en aquel instante,
Y al verme solo y errante
Me puse a pensar en ti.

Entonces ¡ay! como nunca,
Lloré mi tiempo perdido,
Y lamenté arrepentido
Mis ignorancias de ayer,
Y maldije aquellas horas

De perversas amistades,
Y las locas mocedades,
Y el abuso del placer.

Me acordé de muchas cosas
Que ya olvidadas tenía,
Y de aquel hermoso día
En que yo te conocí;
Me acordé de aquellas noches
De baile y grato desvelo;
Y con la vista en el cielo
Me puse a pensar en ti.

Junto al mástil recostado
Cantando un marino estaba,
Que como yo se gozaba
En sentir y recordar,
Y devoraban las brisas
Sus quejas en el camino
Que éste es el triste destino
Del que canta sobre el mar.

Hablaban los pasajeros
De sus patrias diferentes,
De las nubes esplendentes
Que pasaban por allí
De alguna vela distante
Que hacia nosotros venía...
Y yo entretanto, alma mía,
¡Me puse a pensar en ti!

Harto de penas, y goces,
Vestida el alma de luto,
Juzgué que no daban fruto
Mis esperanzas en flor;
Y asido al árbol sagrado
De mis nobles pensamientos,
Te envié en alas de los vientos
Los suspiros de mi amor.

Apoyé la sien ardiente
En el hueco de la mano,
Y con la voz del Océano
Sosegado me dormí;
De mi ser apoderóse
Un suave y grato beleño,

Y aún en los brazos del sueño
Me puse a pensar en ti.

AMOR PREDESTINADO

Ah! c'est elle! o mon coeur! tu en peux t'y tromper,
Nulle autre d'un tel coup ne pouvait te Trapper.
-Lamartine

¡Oh! ¡Cuán hermoso y bendecido día
Es aquel en que encuentra el hombre triste
La imagen que en sus sueños concebía,
Las dichas que anheló!

Esclavos de la ley de su destino,
Dos seres que jamás se conocieron,
Danse la mano en medio del camino
Y se dicen su amor.

Entonces uno al otro se murmuran
Palabras misteriosas al oído,
Y un porvenir de venturanza auguran
Mirándose los dos.

Se dicen los delirios que tuvieran,
Las lágrimas que a solas derramaron,
Y cuantas quejas a los aires dieron
Y el viento se llevó.

Se recuerdan sus penas o su gloria,
El curso breve o lento de la vida,
Los episodios de una bella historia
En época anterior;

El casto fuego que en sus pechos arde
Y su perenne afán... y se lamentan
De haberse hallado demasiado tarde...,
Del tiempo que pasó.

¡Qué grato es este encuentro! ¡Cuántas cosas
Dulces al corazón en tal momento,
Despiertan intenciones generosas
Y una y otra ilusión!

Dígalo yo, que al borde de un abismo,

Cuando menos pensaba, hallé en un ángel
La mitad que buscaba de mí mismo,
Mi postrimer amor.

Hallé, por fin, el bien que yo quería,
Mi columna de fuego por la noche,
Mi columna de sombras por el día,
Mi sueño y mi pasión.

¡Es ella! - dije yo -, ¡la verde palma,
De mi esperanza, mi ilusión más bella!
¡Es ella, sí! - me respondió mi alma:
-¡Es ella! ¡sí, es ella!

Hermosa realidad de mis amores,
Astro escondido en una nube parda,
Encarnación de un sueño de oro y flores,
El ángel de mi guarda.

La imagen es que concebí a mis solas
Al rayo tibio de la tarde, cuando
Triste y errante sobre azules olas
Iba yo navegando.

¡Eres tú! -dije al verla;- y ella exclama:
¡Es él, es él! -mi bendecida estrella,
El ser desconocido que me ama...
Y yo repito: -¡Es ella!

Se le escapa mi nombre en un suspiro,
Tiembla, se turba y con secreto anhelo,
En el perfume de su labio aspiro
Un perfume del cielo.

Me reconoce por instinto y siente,
Planta en un vaso de cristal nacida,
Por sus venas correr como un torrente
La savia de la vida.

Comprendió mis delirios, y mis rimas
Siempre a morir en sus oídos fueron,
Y cuando andaba yo por otros climas
Sus ojos me siguieron.

¡Qué ajeno estaba yo de tanta gloria!
¡Qué ajeno, sí, de su pasión secreta,

Y de tener altar en su memoria
Sólo por ser poeta!

Antes que yo llegara, lentamente
Su existencia en silencio discurría,
Y en su serena y nacarada frente
Ninguna sombra había.

Pero le hablé de un porvenir florido,
Y me escuchó con natural empeño,
Tenté a mover su corazón dormido
Y despertó del sueño.

Mi espíritu de bronce doblegado
De su hermosura esclavizar se deja,
Y desoye en los tiempos que han pasado
Una voz que se queja.

La rica luz que de sus ojos lanza
Borra mis juveniles desacuerdos,
Y surge encantadora la esperanza
Del mar de mis recuerdos.

EL LUNAR

Dejó un arcángel las celestes salas
Para verte nacer, y enamorado
Te tocó junto al labio sonrosado
Con la ligera punta de sus alas.

Para aumentar tus naturales galas
Queda el lugar en que tocó manchado,
Y tantas gracias a tu rostro ha dado
Que al mismo autor de ese lunar te igualas.

Yo que te adoro, y que por dicha mía
Amante soy de una mujer tan bella,
Contemplándote a solas me embeleso;
Y, para nada ambicionar, querría
Donde el arcángel te dejó esa huella
Dejarte el alma entre la miel de un beso.

A***

Rubio el suelto cabello, ancha la frente,
Ojos bellos y azules, alas de oro,
Sentada en una nube de occidente,
La diestra entre las cuerdas del laúd,
A la muerte del sol, a veces miro
Que me saluda una visión hermosa,
Y en el secreto idioma del suspiro
Me conversa de amor y de virtud.

Siempre la conocí; su voz afable
En el sordo murmullo de los tiempos,
De mi memoria fiel eco agradable
Resuena en mis oídos sin cesar.
En todas partes la encontré; ligera
Cruzó entre el bosque al despuntar el alba,
Y encendiendo el fanal de la ribera
Surco de luz me proyectó en la mar.

De trecho en trecho en mi caminó lanza
Flores que el aire en mi redor perfuman,
Y con fresco rocío de esperanza
Me baña eternamente el corazón;
La copa rebosada de bondades
En mi seno derrama, y del estudio
En las santas y tristes soledades
Se pone a vigilar con mi razón.

Hela que viene allí; con faz risueña
Entra en mi barca y el timón dirige;
Mirar la humana sociedad desdeña
Y esquiva el ruido mundanal oír;
Yo en la prora de pie con dulce anhelo,
Viajero sobre el golfo de la vida,
La mano extendiendo hacía el confín del cielo
Y marco el punto azul del porvenir.

Llévame a aquel lugar en que reposa
La bella favorita de las gracias,
Mi enamorada y prometida esposa,
Gallarda encarnación de mi ideal;
Allí con ella en una humilde estancia
Circúndame de niños juguetones,
Y cerrando la puerta a la ignorancia
Siéntase a custodiarme en el umbral.

RECUERDO

Cuando emigran las aves en bandadas
Suelen algunas al llegar la noche
Detenerse en las costas ignoradas
Y agruparse de paso a descansar:
Entonces dan los ánades un grito
Que repiten los ecos, y parece
Que hay un Dios que responde en lo infinito
Llamando al hijo errante de la mar.

Tal en un alma enferma y afligida
Cuando vienen las penas, se recogen
Los últimos esfuerzos de la vida,
Las últimas memorias del amor;
Y en medio de sus duros desempeños
Se sienta el hombre a reposar a solas,
Le da un adiós a los primeros años
Y cuenta a los que pasan su dolor.

¡Ay los primeros años? ¡Ay! ¡aquellos
Tiempos de gloria y de aventuras locas,
En que eran de azabache los cabellos
Y gemelas la dicha y la ilusión!
¡Oh dulce juventud! ¡si Dios quisiera
Vestir de nueva pompa el árbol mustio,
Y hacer resucitar la primavera,
Y otra vez calentar el corazón!

Mas, ¿de qué me valdrá la savia ardiente
De la edad del placer, si al marchitarse
Las verbenas en flor sobre tu frente,
Transformóse la virgen en mujer?
Todo puede tornar: que todavía
Latente el fuego entre cenizas queda;
¡Sólo la fe que en tu pasión tenía
No puede nunca al corazón volver!

NOCHE TEMPESTUOSA

(A Nicolás Azcárate.)

Murió la luna; el ángel de las nieblas
Su cadáver recoge en blanca gasa;

Y en su manto de rayos y tinieblas
El Dios del huracán envuelto pasa.

Llueve y torna a llover; el hondo seno
Rasga la nube en conmoción violenta,
Y en las sendas incógnitas del trueno
Combate la legión de la tormenta.

¡Que oscuridad! ¡qué negros horizontes!
¡Hora fatal de angustias y pesares!
¡Ay de aquellos que viajan por los montes!
¡Ay de aquellos que van sobre los mares!

¡Cuántos niños habrá sin pan ni techo
Que se lamenten de dolor profundo!
¡Cuánta pobre mujer sin luz ni lecho!
¡Cuánta pobre mujer sola en el mundo!
Salta preñado el río sobre el llano
Y amenaza a los buenos labradores,
Y encuentran los insectos un océano
En el agua que rueda entre las flores.

Cansado un marinero se arrodilla
En la cubierta del bajel errante,
Y en vano busca en la lejana orilla
El faro salvador del navegante.

¡Qué triste noche! y en mi hogar en tanto
Todo en el orden y en la paz reposa;
Duerme mi niña en su silencio santo,
Y se entretiene en su labor mi esposa.

Sentimos ella y yo las agonías
Que sufre el hombre de diversos modos;
Me acuerdo yo de mis revueltos días,
Y nos ponemos a rogar por todos.

A NICOLAS AZCARATE EN LA MUERTE DE SU HIJA

En grupo tu familia se reunía,
Y algunas veces retozando alegre
Tu hermosa primogénita venía
Mi pálido nocturno a recitar;
Y luego algún amigo me contaba

El triunfo aquel; y ¡oh colmo de ventura!
El arcángel doméstico anunciaba
Que iban mejores tiempos a llegar.

Fui como todos a escucharla y verla:
Y era su rostro un pétalo de rosa,
Y era más, blanca y pura que una perla,
Y sus ojos nadaban en la luz.
Fui a escucharla y ¿qué oí? su boca helada
Al hálito vital se resistía..
Y fui a verla y ¿qué vi? ¡desventurada!
¡Vi un mártir enclavado en una cruz!

Entró en la sombra del eclipse el astro,
Y en una hora de lágrimas y penas,
La tumba abrió su losa de alabastro
Y de repente oscureció tu hogar;
Bajaron por tu alcoba silenciosas
Al tálamo nupcial, noches sin sueño,
Y las de amor mañanas deliciosas
Tomaron un color crepuscular.
Y ¿a dónde fue por fin? A los desiertos
Que hay después de este mundo en otros mundos,
A platicar acaso con los muertos,
Y a repetir mis tristes cantos fue.
Y ¡oh dicha para mí! ¡oh dulce gloria!
En las fiestas de niños en los cielos
Quizá llevó también una memoria
De otras quejas del arpa que pulsé!

¡Ay, del que sabe amar y no se aterra
Cuando clava su tienda complacido
En la móvil arena de la tierra
Y se pone los años a esperar!
¡Oh miserable! El pájaro confía
Encontrar en el bosque algún reposo,
Pero el hijo del hombre tiene un día
En que anhela y no puede descansar.

EN DIAS DE ESCLAVITUD

¡Señor, Señor, el pájaro perdido
puede hallar en los bosques el sustento,

en cualquier árbol fabricar su nido,
y a cualquier hora atravesar el viento!

¡Y el hombre, el dueño que a la tierra envía
armado para entrar en la contienda,
no sabe al despertar todos los días
en qué desierto plantará su tienda!

Dejas que el blanco cisne en la laguna
los dulces besos del terral aguarde,
jugando con el brillo de la luna,
nadando entre el reflejo de la tarde;

¡Y a mí, Señor, a mí no se me alcanza,
en medio de la mar embravecida,
jugar con la ilusión y la esperanza
en esta triste noche de la vida!

Esparce su perfume la azucena
sin lastimar su cáliz delicado,
y si yo llego a descubrir mi pena,
me queda el corazón despedazado.

¿Y quién soy yo? ¡Poeta vagabundo,
que vengo, como réprobo maldito,
a contar una hora en este mundo
en presencia de Dios y lo infinito!

Vengo a pulsar el arpa un breve instante,
y en mi suerte más bella sólo espero,
encontrar mi sepulcro como el Dante
por las sendas tal vez del extranjero.

La estrella de mi siglo se ha eclipsado,
y en medio del dolor y el desconsuelo,
el lirio de la fe se ha marchitado,
y no hay escala que conduzca al cielo.

Van los pueblos a orar al templo santo,
y llevan una lámpara mezquina,
y el Cristo allí sobre la Cruz, en tanto,
abre los brazos y la frente inclina.

Voluptuoso el amor en sus placeres,
no busca mirtos ni laurel aguarda;

y cubren con un velo las mujeres
el ángel adormido de su guarda.

Tengo el alma, ¡Señor!, adolorida
por unas penas que no tienen nombres,
y no me culpes, no, porque te pida
otra patria, otro siglo y otros hombres;

que aquella edad con que soñé no asoma;
con mi país de promisión no acierto;
mis tiempos son los de la antigua Roma,
y mis hermanos con la Grecia han muerto.

DIARIO DE UN MARTIR

II

Si después que yo muera,
Al hogar de un amigo
Mi huérfana infeliz y pordiosera
Llega implorando protección y abrigo
Y albergue hospitalario
Encuentra en sus desgracias
Yo saldré del sepulcro solitario
Y al buen amigo le daré las gracias.

III

¡Catorce veces! - ¡Una vida entera! -
Al llegar este día,
Despertaba mi hermosa compañera
Sonriendo de esperanza y de alegría.

Era que entonces recordaba, cuando
Rendida el alma ardiente,
En una hora feliz puse temblando
La corona nupcial sobre su frente.

Y hoy al abrir sus ojos, ¡qué amargura!
¡Oh! ¡cómo habrá sufrido
Al comparar su inmensa desventura
Con las delicias del placer perdido!

En bello porvenir albas hermosas
Yo tierno le anunciaba,
Y al renovar los lirios y las rosas
Incienso y mirra en el altar quemaba.

Era todo placer, fiesta solemne,
Y un ángel Dios quería
Que encendiese la lámpara perenne
Que ante la imagen de mi amor ardía.

Nunca turbamos con el ceño adusto
La paz del sentimiento;
Y nos bastaban para dicha y gusto
Modesta casa y corazón contento.

La postrera ocasión que así nos vimos,
Libre el alma de engaños,
En el gozo habitual nos prometimos
Saludar el mejor de nuestros años,

Y así según sin vanidad ni orgullo,
Cuidados ni temores,
Viendo el tiempo correr sin un murmullo
Como un agua que corre entre las llores,

Y al apagar la juventud su fuego
Ver en tarde callada
El tibio sol de la vejez... y luego
Su tumba al lado de mi tumba helada.

Y soñamos al fin de humanas cuitas
Dos cruces y dos losas,
Sobre mi cruz humildes margaritas,
Sobre su cruz fragantes tuberosas.

Mas no vimos al ver tantas bondades
Y bendecir al cielo,
Las aves que presagian tempestades
Tras nuestra barca en fugitivo vuelo.

Y llegó la tormenta: - se ennegrecen
Los densos nubarrones;
Las olas con las olas se enfurecen,
Silban y braman rudos aquilones;

¡Y nos hunden, mi bien, hados impíos
En un momento aciago;
Y en el revuelto mar, yo con los míos
En esa noche de dolor naufrago!

VI

¡Oh! ¡qué grato sería
Libre y feliz sin pesadumbre alguna,
Con la adorada mía
Por la floresta umbría
Vagar al rayo de esta blanca luna!

¡Y orillas de la fuente
Ver la niña soltar sus trenzas blandas
Al aromado ambiente,
Y el agua transparente
Con su imagen jugar sobre las ondas!

¡Y no con tanto anhelo,
Harto el herido corazón de quejas
Y amargo desconsuelo,
Un pedazo de cielo
Ponerse a mendigar desde las rejas!

¡Oh! ¡cuántas, dueño amado,
Noches tan llenas de esplendor, tan bellas,
En tiempo afortunado
Los dos hemos pasado
Al trémulo brillar de las estrellas!

Del espacio señora,
Con sus dardos de plata perseguía
Eterna viajadora
La diana cazadora
Nube tras nube en la región vacía.

Contaba sus dolores
El ruiseñor a los favonios leves,
Nos daban sus olores
Las tempraneras flores,
Y un fresco soplo las postreras nieves.

¡Y la suerte entre tanto
Pensaba convertir en un lamento

El armonioso canto,
Trocar la risa en llanto
Y el gozo puro en sin igual tormento!

¡Quién entonces creyera
Que tan pronto, mi bien, gimiendo a solas
De mi fiel compañera
Separado me viera
Por dura cárcel y profundas olas!

¡Y quién pensar podría
Que la ilusión del porvenir risueño
En no lejano día
Volando pasaría
Como una sombra en fugitivo sueño!

¿Y éstas son las hermosas
Albas del porvenir? - ¡Delirio insano!
¡Ay mis lirios y rosas!
¡Oh dichas engañosas!
¡Oh breves gozos del amor humano!

IX

¡Prisión, enfermedad, negras pasiones
Contra mí desatadas;
Y tantas, tan acerbos aflicciones
En un pecho mortal acumuladas!

¡Por la esposa infelice suspirando,
Y de mi niña ausente,
Y el soplo de la suerte marchitando
Los pálidos laureles en mi frente!

¡Oh Dios! ¡que así mi corazón heriste!
Recibe un alma tierna;
¡Cierra las puertas de este mundo triste!
¡Abre las puertas de la patria eterna!

XII

- Te despides al partir
De la niña? - No, por Dios,

Que por no hacerla sufrir
Me iré sin decirle: adiós!
- Si llama el padre, al tornar
De la escuela, ¿qué diré?

- Que por no verla llorar
Sin verla el padre se fue.
- Se fue mi padre; ¡ay de mí!
¿Por qué nos abandonó?
¿Volverá muy pronto? - Sí

-¿Volverá muy pronto? No.
-¿Y he de abrazarle al volver?
- Sí, niña, le abrazarás.
- Si hay un cielo podrá ser;
¿Abrazarme aquí? ¡Jamás!

XIII

¡Despierto, oyendo angustiado
que la voz de un ser amado
me llama con ansiedad,
y en el sitio acostumbrado
busco el lecho de Piedad!

¡Qué juego de la pasión!
¡Su lecho ... ! ¡qué desvarío!
¡Qué mentirosa ilusión!
- ¡Si no hay más lecho que el mío
En esta oscura prisión!

XIV

En el arábigo idioma
Lulú significa perla,
Y el creyente de Mahoma
Llama a su novia Lulú.

Al verte de gracias llena
Tu padre así te decía,
Que por hermosa y por buena
Perla en la casa eras tú.

El mismo nombre te daba
Yo también algunas veces,
cuando decirte anhelaba
mi ternura y mi pasión;

y al estar en ti pensando,
hoy en el fondo del alma,
una voz me está gritando:
¡Lulú de mi corazón!

XV

Te mando, mi bien, un beso
y un suspiro desde aquí,
y sólo siento estar preso
por no hallarme junto a ti.

Mas como quiere la suerte
separarnos a los dos,
desde el umbral de la muerte
con el beso va un adiós:

Y como, aunque yo lo ansío,
no he de verte nunca más,
otro beso por el mío,
en el cielo me darás.

XVI

A UNA GOLONDRINA

Mensajera peregrina,
que al pie de mi bartolina
revolando alegre estás.
¿De dó vienes, golondrina?
Golondrina, ¿adónde vas?

Has venido a esta región
en pos de flores y espumas,
y yo clamo en mi prisión
por las nives y las brumas
del cielo del Septentrión.

¡Bien quisiera contemplar
lo que tú dejar quisiste;
quisiera hallarme en el mar,
ver de nuevo el Norte triste,
ser golondrina y volar!

Quisiera a mi hogar volver,
y allí, según mi costumbre,
sin desdichas que temer,
verme al amor de la lumbre
con mi niña y mi mujer.

Si el dulce bien que perdí
contigo manda un mensaje,
cuando tornes por aquí,
golondrina, sigue el viaje,
y no te acuerdes de mí.

Que si buscas, peregrina,
do su frente un sauce inclina,
sobre el polvo del que fue,
golondrina, golondrina,
no lo habrá donde yo esté.
No busques volando inquieta
mi tumba oscura y, secreta,
golondrina, ¿no lo ves?
en la tumba del poeta
no hay un sauce ni un ciprés.

XVII

INFELICIA

De mí se acuerdan y mi encierro lloran
Desconocidos seres,
Jóvenes ¡ay! que de entusiasmo llenas
Del sonido de un arpa le enamoran,
Soñadoras mujeres.

Amigas de mis versos y mis penas.
¡Y tú ni una palabra de cariño
Para anunciarme que tu amor no olvida
La intimidad de nuestro afecto, - cuando
Era yo casi niño,

Y estaba en tu horizonte despuntando
La fúlgida alborada de tu vida.

Ese es el corazón; ésa la historia,
Que antigua historia de aflicciones era
En aquél que se vio, siglo fecundo,
Descender la paloma de la gloria;
Y del santo Jordán en la ribera
Bajo sus alas renacer el mundo.

Cuando tu frente ¡oh Cristo! ensangrentaba
La corona de espinas y de abrojos,
¿Dónde estaba Jetró? - ¿Do Jesús pío,
La viuda de Naín? - y ¿dónde estaba
Aquél que abriendo a tu clamor los ojos,
Salió en Betania del sepulcro frío?

Al prorrumpir en tan dolientes quejas,
Tras largos, lentos, azarosos días,
Para advertirme que mi mal sentiste,
Finge un amigo contemplar las rejas:
Y me dice que tú, llorando triste,
Memorias ¡ay! a la prisión me envías.

¡Memorias, tuyas! ¡y llorar piadosa!
Es recordarme en horas de martirio
Mis muertas horas de descanso y calma,
Y hablarme de una noche deliciosa,
De un beso, una lágrima, un delirio,
De la primera convulsión de un alma.

Del baile y de emociones fatigados,
Salimos al jardín a errar dichosos;
En frente de un ciprés nos detuvimos:
Y en el sabroso platicar, ¡sentados
Al pie de unos rosales olorosos,
¡Oh! ¡qué cosas tan dulces nos dijimos!

Tu juventud con sus brillantes galas,
La música, tu voz, el claro cielo,
La presión de tu mano,
El céfiro noctívago en sus alas
Débil hurtando en perezoso vuelo
Los últimos aromas del verano;

Todo alentaba la pasión ardiente:

Y alarmados, mujer, nuestros sentidos
En busca de suspiros anhelantes,
Hubo una vez, en que al azar la frente,
Mis labios atrevidos
Tocaron en tus labios palpitantes.

Tocaron nada más. - Firme constancia
Me prometiste, y sin temor de engaños,
Nos descubrimos el pasado entero:
Alegres juegos en tu fresca infancia;
Y un ángel hechicero
Todo el querer de mis floridos años.

¡Infelice de mí! - clamaste ansiosa. -
¡Te quiso otra mujer! ¡oh suerte impía!
Y te angustiaste al escuchar su nombre;
Y entonces fue la lágrima copiosa,
Cuando entendiste que albergar podía
Más de un amor el corazón del hombre.

Viajando libre, a su placer perdido,
Mi espíritu en el éter se espaciaba
Por los orbes de luz del firmamento,
Y algo pálido, azul, indefinido,
Las auroras eternas presagiaba.

Ingenua, melancólica, sensible,
Mirándome inocente,
En mí depositaste tu confianza,
Y en la mar bonancible
De la plácida edad adolescente
Sus áncoras lanzó nuestra esperanza.

En presencia de Dios, con un suspiró,
Dejamos el ciprés y los rosales,
Y al vals animador tornando luego
Sentimos las esferas celestiales
Que en tomo nuestro en caprichoso giro
Volaban en atmósfera de fuego.

Después los votos, el adiós, la cita:
Y más tarde la esquila,
El cauteloso conversar a solas;
Tribulaciones e ilusión marchita,
Un drama, una novela,
Un gran naufragio en las mundanas olas.

Para nunca jamás volver a verte
Los hados implacables
Entre nosotros dos, dando un gemido,
Como abriendo los antros de la muerte,
Nos abrieron abismos insondables
De soledad, separación y olvido.

Y así llegar he, visto, prematura,
Mí estación del otoño: - se detienen
Las, aguas al helarse en las orillas,
Corona ya las cumbres nieve pura,
Y a todo su correr rápidos vienen
Los tiempos de las hojas amarillas.

Sé que protegen las antiguas gracias
De tus mejillas las lozanas rosas,
Y que nadan en luz tus negros ojos;
Sé que en tus miserias y desgracias
Envidia son de vírgenes hermosas
De tu belleza espléndidos despojos.

Y sé también que crecen con las mías
Las amarguras de tus hondas penas,
Y que en este fatal, terrible instante
Con sangre de tus venas
Contenta y generosa comprarías
La libertad de tu primer amante.

INTRODUCCION

Al salir te blando Véspero
Del seno azul de los mares,
Viene a besarme la frente
La musa de mis romances.

Mas no penséis que en mi espíritu
Se entronicen vanidades,
Porque yo mismo lo he dicho:
¡Mi esperanza es un cadáver!

Yo cantó como los pájaros,
Yo entonces lanzo a los aires

En la voz de la alegría
La impresión de hondos pesares.

Morirá mi acento lánguido,
Y si algún eco dejare
En la atmósfera del siglo,
No podrá ofender a nadie.

¿Qué hallaréis en estas páginas?
Unas baladas fugaces
En que a las brisas del mundo
El alma sus flores abre;

Recuerdos de nieblas lúgubres,
Melodías de los valles, ,
Himnos del cielo en el golfo,
Tristes lamentos de un sauce;

Que ese sol que baja pálido
Tras mis montañas natales,
Y ese murmullo del bosque
Que vaga en ondas errantes;

Me anuncian ¡ay! el crepúsculo
De una ilusión adorable,
La noche en mi pensamiento:
¡Y en mi corazón la tarde!

LAS SOMBRAS

Oíd. Ese suave acento,
Ese solemne murmullo,
Es el canto de la tarde,
Es la voz de los sepulcros.

Desde el seno de la luna,
Envuelto en manto de luto
El ángel de los poetas
A llorar descende al mundo.

Los espíritus del lago
navegan en los nelumbios,
Y abren sus alas de rosa
A los céfiros nocturnos.

Arpa sonora del monte,
La palma, entona un susurro,
Y al blando peso del ave
Su rama encorva el arbusto.

Por los cármenes del río
Vago pensativo y mustio,
Y entre el, follaje del bosque
Blancos fantasmas descubro.

¡Ah! ¿quiénes son esos tristes?...
¡Mis compañeros de estudio,
Las sombras de mis amigos
Que salen de los sepulcros!

DUERME EN PAZ

*Attendite et videte,
si est dolor sicut dolor meus!*

¡Que no tenga yo un elíxir
Para volverte la vida,
Para dar brillo a tus ojos
Y a tu labio una sonrisa!

¡Que no pueda con mis besos
Calentar tus manos frías,
Y hacer brotar con mi llanto
Las rosas de tus mejillas!

¡Que te hable y no me respondas!
¡Que no sientas mis caricias...
Cuando no ha mucho que al verme
Gozosa te estremecías!

¿Es posible que hayas muerto?
¿Estás acaso dormida ... ?
¡Muerta estás ... ! ¡que si durmieras
En sueños me escucharías!

Muerta estás... ¡y aquella falta
En verdad que no era digna
De esta expiación horrorosa,
De esta pena inmerecida!

¡Por culpable que hayas sido
Derecho a existir tenías,
Porque yo sé que eras buena
Y además eras tan niña!

Pudo la ley revocarse
Si un alma el cielo quería,
Y la segur destructora
Herir mi cerviz altiva,

Pues castigar tus errores
Es igual, amada mía,
A hollar la violeta humilde
Porque un suave olor prodiga.

Yo al fin no aguardo por cierto
Riquezas, glorias ni dichas,
Y donde está mi esperanza
Mejor mi cuerpo estaría.

Pero tú, tú que expirando
Suplicabas compasiva,
Que el fruto de tus amores
Permaneciera a tu vista;

Tú, mi bien, que suspirabas
Por un poco más de vida,
Y con miedo de la tumba
En mi seno te escondías;

¡Ah! ¡tú no debiste entonces
En convulsión repentina,
Extenderte sobre el lecho,
Quedarte pálida y fría!

¡AY DE MÍ!

¡Oh! si tú hubieras nacido
En una tierra que existe
Lejos, lejos de aquí,
Entonces hubieras sabido
Por qué estoy siempre tan triste,
¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

En vano busco consuelo
Y bálsamo a mis enojos
Cerca, cerca, de ti,
Porque me hace falta un cielo
Aun más azul que tus ojos...
¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

En mis continuas congojas
No adivinas, dueño mío,
¡Cuánto, cuánto sufrí!
Viendo esas plantas sin hojas
Y ese sol pálido y frío,
¡Ay de mí! ¡ay de mí!

¡De tu corazón llegado
Haz que un canto al éter suba
Y expire, expire allí,
Y en tu pecho reclinado
Déjame llorar por Cuba!
¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

AUSENCIA

Desde el instante que nubló la ausencia
El luminoso sol de tu hermosura,
Está mi triste corazón enfermo,
Rota mi lira y mi garganta muda.

¡Ay! ¡Cuántas horas al presente corren
En el imperio de la noche adusta,
Sin que alumbre tu mano entre la mía
El rayo amarillento de la luna!

¡Cuántas veces, Fidelia encantadora,
Trémula y vacilante y sin ventura,
Hablabas a mi lado enternecida
De un beso, de un suspiro y de una tumba!

Grato el recuerdo de tu amor, constante
Por mi memoria solitario cruza,
Como en las tardes por desiertas playas
La gaviota cansada y vagabunda.

¡Pobre de ti que en el dolor naciste
Bajo el cielo poético de Cuba,
Tímida como el ave de los bosques,
Bella como la flor de las lagunas!

Jamás infiel a tu promesa un día
Mis sueños de tristeza y de ventura,
Cambiar pudiste mentirosa y falsa
Por negro afán y punzadora duda.

Siempre fuiste igual, siempre constante
Pródiga en tu cariño y tu ternura,
Cuidaste no turbar la paz de un alma
A quien la ofensa más ligera turba.

Lamentaciones de dolor me inspira
Hender la mar de mi existencia oscura,
Sin que me esperes en la orilla opuesta
Y a otro mundo más bello me conduzcas.

Dos aves detenidas en un ramo
Cantando glorias y caricias mutuas,
Al áspero silbido de las balas
Nos fue preciso comenzar la fuga.

¡Mas yo te adoro, el corazón ardiente
Tu imagen guarda en su interior oculta,
Y está mi pecho con la ausencia opreso
Rota mi lira y mi garganta muda!

EN UN ÁLBUM

Tú vas hacia una orilla
de donde triste vengo,
lo que tú buscas ahora
es ¡ay!, lo que yo dejo!

Tú vas a ver un alba
que baña de oro el cielo,
y yo a ver un sol mustio
que ya se está poniendo.

Tú vas a sembrar flores
en fértiles terrenos;

yo voy a alzar mi tienda
en áridos desiertos.

Vas a lanzar tu barca
sobre un océano inmenso;
vas a aplicar al labio
la copa de los sueños.

¡Que duerma entre las velas
la cólera del viento,
que amor rompa las ondas
al golpe de sus remos!

¡Que, como yo, no tengas
que suplicar al cielo;
que encuentres, ¡ay!, almíbar
donde yo hallé veneno!

A UNA GOLONDRINA

Mensajera peregrina
que al pie de mi bartolina
revolando alegre estás,
¿de do vienes, golondrina?
Golondrina ¿a dónde vas?

Has venido a esta región
en pos de flores y espumas,
y yo clamo en mi prisión
por las nieves y las brumas
del cielo del Septembrión.

¡Bien quisiera contemplar
lo que tú dejar quisiste;
quisiera hallarme en el mar,
ver de nuevo el Norte triste,
ser golondrina y volar!

Quisiera a mi hogar volver,
y allí, según mi costumbre,
sin desdichas que temer,
verme al amor de la lumbre
con mi niña y mi mujer.

Si el dulce bien que perdí
contigo manda un mensaje,
cuando tornes por aquí,
golondrina, sigue el viaje,
y no te acuerdes de mí.

Que si buscas, peregrina,
do su frente un sauce inclina,
sobre el polvo del que fue,
golondrina, golondrina,
no lo habrá donde yo esté.

No busques volando inquieta,
mi tumba oscura y secreta.
Golondrina ¿no lo ves?
En la tumba del poeta
no hay un sauce ni un ciprés.

EN GREENWOOD

(Camposanto de Nueva York)

Al lado de estas aguas silenciosas,
en medio de este bosque, en este asilo,
debajo de estas gramas y estas rosas,
es donde quiero reposar tranquilo.

¡Y pronto debo reposar! Mis días
se tiñen ya de pálidos destellos,
y anuncian mis postreras alegrías
las nieves de la vida en los cabellos.

Mas, ¿qué será si en las nocturnas calmas
salgo a vagar como las sombras suelen,
y en vez de hallar mis quejumbrosas palmas
los sauces sólo de mi afán se duelen?

¡Oh!, ¿qué será si en honda pesadumbre,
sentado a meditar sobre la losa,
suspiro por mi pueblo en servidumbre
y el cielo busco de mi Cuba hermosa?

¡Tormentoso será! Mas si tardío
nace a brillar el sol de mis anhelos,

cabe la orilla del paterno río
llevadme a descansar con mis abuelos.

Y allí donde mi cuna en hora amarga
al capricho meció voluble suerte,
dejadme al fin depositar la carga
y dormir en el seno de la muerte!

NOCTURNO

Noche Tempestuosa

(A Nicolás Azcárate)

Murió la Luna; el ángel de las nieblas
su cadáver recoge en blanca gasa,
y en un manto de rayos y tinieblas
el Dios del huracán envuelto pasa.

Llueve y torna a llover; el hondo seno
rasga la nube en conmoción violenta,
y en las sendas incógnitas del trueno
combate la legión de la tormenta.

¡Qué oscuridad! ¡qué negros horizontes!
¡Hora fatal de angustias y pesares!
¡Ay, de aquellos que viajan por los montes!
¡Ay, de aquellos que van sobre los mares!

¡Cuántos niños habrá sin pan ni techo
que se lamenten de dolor profundo!
¡Cuánto enfermo infeliz sin luz ni lecho!,
¡cuánta pobre mujer sola en el mundo!

Salta preñado el río sobre el llano
y amenaza a los buenos labradores,
y encuentran los insectos un océano
en el agua que rueda entre las flores.

Cansado el marinero se arrodilla
en la cubierta del bajel errante,
y en vano busca en la lejana orilla
el faro salvador del navegante.

¡Qué triste noche! Y en mi hogar, en tanto,
todo en el orden y en la paz reposa;
duerme mi niña en su silencio santo,
y se entretiene en su labor mi esposa.

Sentimos ella y yo las agonías
que sufre el hombre de diversos modos;
me acuerdo yo de mis revueltos días,
y nos ponemos a rogar por todos.

SEGUNDAS NUPCIAS

El soldado fue a la guerra
a triunfar o perecer,
y dejó en lejana tierra
sus hijos y su mujer.

A los primeros reveses
murió en rudo batallar,
y al cabo de cinco meses
hubo nupcias en su hogar.

Roto el lazo de constancia,
su esposa, ardiendo en pasión,
a un amigo de la infancia
entregó su corazón.

Y hubo canto y regocijos,
y en las fiestas del hogar
sólo el mayor de los hijos
se puso triste a llorar.

ORIENTE Y OCASO

Vamos a la arboleda,
que el Sol asoma
y es lindo un rayo de oro
sobre las hojas.
Aunque no extraño nunca
luz de la aurora,
porque en tus ojos bellos
la luz me sobra.

Vamos junto a la fuente
para que duermas
y que sueñes conmigo
toda la siesta;
porque no te despierte
voz de mis penas,
yo beberé en silencio
lágrimas tiernas.

Vamos al banco verde
que está en el valle,
porque a pensar nos llama
fresca la tarde...
No acojas mis suspiros
en este instante,
que los mando en el viento
para mi madre!

Vamos donde los sauces
gimiendo anuncian
que desde el golfo sube
la blanca Luna;
allí la eterna dicha,
del mundo oculta,
nos aguarda risueña
sobre una tumba.

RECUERDO

Cuando emigran las aves en bandadas
suelen algunas, al llegar la noche,
detenerse en las costas ignoradas
y agruparse de paso a descansar.

Entonces dan los ánades un grito,
que repiten los ecos, y parece
que hay un Dios que responde en lo infinito
llamando al hijo errante de la mar.

Tal es un alma enferma y afligida
cuando vienen las penas; se recogen
los últimos esfuerzos de la vida,
las últimas memorias del amor.

Y en medio de sus duros desengaños
se sienta el hombre a reposar a solas,
le da un adiós a los primeros años
y cuenta a los que pasan su dolor.

¡Ay los primeros años! ¡Ay aquellos
tiempos de gloria y de aventuras locas,
en que eran de azabache los cabellos
y gemelas la dicha y la ilusión!

¡Oh dulce juventud! ¡Si Dios quisiera
vestir de nueva pompa el árbol mustio
y hacer resucitar la primavera,
y otra vez calentar el corazón!

Mas ¿de qué me valdrá la savia ardiente
de la edad del placer si, al marchitarse
las verbenas en flor sobre su frente,
transformose la virgen en mujer?

Todo puede tornar, que todavía
latente el fuego entre cenizas queda,
sólo la fe que en tu pasión tenía
no puede nunca al corazón volver.

RETORNO

Yo andaba suspirando, lloroso y vagabundo
en pos de una esperanza difícil de alcanzar,
soñando con un cielo, viviendo en otro mundo,
cual viven en los aires los pájaros del mar.

Pensé cuánto era bello querer y ser querido,
y al lado de una hermosa cantar y sonreír,
en gratas confidencias hablarnos al oído,
un beso y otro beso temblando repetir.

Soñé tener un seno que en horas de fatiga
templase de mis sienes el incesante ardor,
tener entre mis manos la mano de una amiga,
ser dueño del perfume que brota de una flor.

Ansié pulsar el arpa, y en emoción secreta

decir en suaves notas las penas que sufrí,
cantar como cantaba sus salmos el poeta
al pie de un sicomoro del árido Engadí.

Al fin hallé en tus ojos la luz que ambicionaba,
relámpagos de vida, centellas de placer,
la miel que en unos labios un ángel me guardaba
la encarnación de un sueño, la voz de una mujer.

Tú fuiste, en tal momento, mi pálida y modesta
estrella que asomaba detrás de un nubarrón;
de un lago de aguas limpias, en la ribera opuesta,
en medio de los bosques, campestre habitación.

Y debate la dicha de haberte hallado el día
en que la tierra patria torné contento a hollar,
cuando a la vez juzgaba que nadie me quería
y traje enferma el alma de allende de la mar.

Transcurren desde entonces mis horas tan serenas
que a mi versátil suerte le pido por favor
conservar el santo fuego que corre entre mis venas,
que aliente y eternice tu bendecido amor!

POR LA TARDE

Solitario y abatido,
abandonado y enfermo,
tengo una lágrima triste
para bañar tu recuerdo.

Al través de los cristales
morir la tarde contemplo,
y al cantar la golondrina
pensando en ti me consuelo.

Miro al pie de los nogales,
encima del alto cerro,
el pastor que a breves pasos
va meditando y sonriendo.

Oigo el canto melodioso
de las damas del colegio,
y los acordes del piano

que se esparcen por el viento;

Mientras un poco distante,
junto a la puerta del templo,
indiferente transita
el tranquilo pasajero.

Fijo a mi redor la vista,
todo lo estudio y observo,
pero nada en este instante
me presta entretenimiento.

Sólo tu imagen hermosa
se aparece con misterio,
y en mi corazón revive
un amor que está en silencio;

Un amor al que sostienen,
después de muy largo tiempo,
entre las penas más tristes
los más deliciosos sueños.

EL SEPULCRO

He descubierto un camino
tan tortuoso como estrecho,
que obstruyen yerbas en mayo
y hojas secas en invierno.

Conduce al lugar querido
do está un sepulcro modesto,
y así lo anuncian dos sauces
que a su entrada mece el viento.

A través de un bosquecillo
suelen mirarse de lejos
la losa de mármol blanco,
la cruz de tosco madero.

¡Cuántos al pasar se paran
en estos tristes senderos,
y acongojados suspiran
el epitafio leyendo!

Y eso que ya con las lluvias
va borrándose el letrero,
y es preciso ser curioso
para poder comprenderlo!

Muchas veces se conoce
que algunos aquí estuvieron,
por las huellas que se advierten
sobre el húmedo terreno.

Y también así lo indican
las que por la tarde encuentro
margaritas inodoras,
pálidas flores de muerto.

Visitante de estos sitios
meditando a solas vengo,
y evoco la santa sombra
de mi amada de otros tiempos.

Sus dulces protestas oigo,
sus ojos azules veo,
y en el delirio de un baile
entre mis brazos la siento.

Me parece contemplarla,
y agradecido recuerdo
que fue mi primera amiga
cuando vi sol extranjero!

Nueva-York, 1854.

ISABEL

«A pena si puo dir, questa fu rosa»

Pobre Isabel! –Me han dicho que moriste
poco tiempo después de mi partida,
y me ha sido tan triste, sí, ¡tan triste!
esta nueva fatal!

No en vano yo escuché cierto gemido
como un susurro en mi redor vagando,
y lo tomé por eco de un sonido

de las brisas del mar!

Era un lamento que quizá me enviabas,
era que tú de mí te despedías,
era el himno postrer que pronunciabas,
era el último adiós!

Mas ¿quién pensara que tan breve fuera
la vida de los buenos? ¿Quién pensara
que entre nubes tan pronto se extinguiera
aquel naciente sol?

Pasaban por mi mente confundidas
veladas con cendales vaporosos,
las imágenes bellas y queridas
de los seres que amé;

Entonces tú también cual sombra incierta
cruzaste fugitiva en mi memoria,
¡Y ya estabas enferma... Estabas muerta!
bajo tierra tal vez!

Cuántos otros habrán agonizado
durante el largo tiempo de mi ausencia!
¡Cuántos, cuántos que vivos he dejado
cadáveres serán!

Y cuántas flores necesito, ¡cuántas!
para adornar vuestras modestas tumbas,
si os voy a visitar, si al fin mis plantas
huellan tierra natal!

Cincinnati, E.U. 1853.

CELOS

Un souvenir est encore un rival
–Millevoeye.

Grande injusticia demuestras
con tus quejas y tus celos,
pues estimas por rivales
las sombras de mis recuerdos.

El nombre de otra hermosura
envidias sin fundamento,
porque obtuvo los suspiros
de mis amores primeros.

¡Y no basta que te diga
que en el polvo confundieron
su imagen y sus memorias
las rudas ruedas del tiempo!

Es verdad que he sido amado,
yo he amado también, es cierto,
pero aún quedan en mi alma
chispas del sagrado fuego.

Mueren las hoias y el árbol
promete retoños nuevos,
así parte y así vuelve
detrás de un sueño, otro sueño.

¿Por qué te ofenden, hermosa,
los misteriosos lamentos
que en la alta noche me envía
el sauce de un cementerio!

Habitando en una adelfa
yace el espíritu tierno
de un ser que adoré, y a veces
me manda un adiós y un beso.

Ensordecer anhelara
para no escuchar su acento,
pero el corazón lo acoge
por más que esquivarlo quiero.

Con tus celos, pues, no turbes
el alcázar del silencio;
olvida el dolor pasado
por el placer venidero;

Que si tú fueras el ángel
que está en la tumba durmiendo,
en lugar de amargas quejas
pidieras algún recuerdo!

La Habana, 1856

¡DUERME EN PAZ!

*Atendite et videte,
si est dolor sicut dolor meus!*

¡Que no tenga yo un elíxir
para volverte la vida,
para dar brillo a tus ojos
y a tu labio una sonrisa!

¡Que no pueda con mis besos
calentar tus manos frías,
y hacer brotar con mi llanto
las rosas de tus mejillas!

¿Que te hable y no me respondas!
¡Que no sientas mis caricias...
cuando no ha mucho que al verme
gozosa te estremecías!

¿Es posible que hayas muerto?
¿Estás acaso dormida?...
Muerta estás!... que si durmieras
en sueños me escucharías!

Muerta estás... y aquella falta
en verdad que no era digna
de esta expiación horrorosa,
de esta pena inmerecida!

Por culpable que hayas sido
derecho a existir tenías,
porque yo sé que eres buena
y además eras tan niña!

Pudo la ley revocarse
si un alma el cielo quería,
y la segur destructora
herir mi cerviz altiva,

pues castigar tus errores
es igual, amada mía,
a hollar la violeta humilde

porque un suave olor prodiga.

Yo al fin no aguardo por cierto
riquezas, glorias, ni dichas,
y donde está mi esperanza
mejor mi cuerpo estaría.

Pero tú, tú que expirando
suplicabas compasiva,
que el fruto de tus amores
permaneciera a tu vista;

tú, mi bien, que suspirabas
por un poco más de vida,
y con miedo de la tumba
en mi seno te escondías;

¡Ah! tú no debiste entonces
en convulsión repentina,
extenderte sobre el lecho,
quedarte pálida y fría!

Nueva-York, 1854

EN LA MUERTE DE...

Con una palma en la mano
acompañando al talento,
iba un ángel junto a un hombre
por un tortuoso sendero.

Después de largos afanes
pararon los dos viajeros
bajo un bosque de laureles
en los umbrales de un templo.

A los acordes sonoros
de un misterioso concierto,
pisando alfombra de flores
salió una diosa a su encuentro.

—¿Quiénes sois vosotros? dijo:
en este recinto bello
no habitan mas que los sabios,

los artistas y los buenos.

Aquí las frentes ilustres
que otros de espinas ciñeron
obtienen rosas y mirtos,
óleo de santo consuelo:

Las víctimas de la envidia,
los trovadores modestos,
espíritus superiores
que viven en el silencio,

los amigos de la ciencia,
los nobles hijos del genio,
aquí en recompensa logran
veneración y respeto.

—¿Quién eres tú? dijo el hombre:
Jamás te he visto en mis sueños,
ni pensé llegase un día
de hollar este sitio ameno.

Yo soy un alma olvidada
que pasó todo su tiempo
en explotar ambicioso
las minas del pensamiento.

Pregunta al ángel custodio
que va mis pasos siguiendo,
por qué razón he llegado
a las puertas de tu templo.

Y exclama el ángel: —¡oh gloria!
yo soy aquel de tus siervos
que en la senda del sepulcro
busca los grandes talentos.

Hallé muchos en el polvo,
muy pocos dignos de premio,
y entre los más escogidos
aquí tienes el primero.

No habló más, volvió la espalda,
alzó los ojos al cielo,
y ocultóse solitario
por el tortuosos sendero.

La Habana, 1855.

¡AY DE MÍ!

¡Oh! si tú hubieras nacido
en una tierra que existe
lejos, lejos de aquí,
entonces hubieras sabido
por qué estoy siempre triste,
¡ay de mí! ¡ay de mí!

En vano busco consuelo
y bálsamo a mis enojos
cerca, cerca de ti,
porque me hace falta un cielo
aún más azul que tus ojos...
¡Ay de mí! ¡ay de mí!

En mis continuas congojas
no adivinas, dueño mío,
¡cuánto, cuánto sufrí!
viendo esas plantas sin hojas
y ese sol pálido y frío,
¡ay de mí! ¡ay de mí!

De tu corazón llagado
haz que un canto al éter suba,
y expire, expire allí,
y en tu pecho reclinado
déjame llorar por Cuba!
¡ay de mí! ¡ay de mí!

1852

ADIÓS

May we meet as we part with a tear.
–Byron

¿Qué te puedo ofrecer? –De un alma inquieta
un suspiro de amor desesperado,
mis pálidos laureles de poeta

y mis sueños de mártir emigrado!

Vengo a brindarte una esperanza tierna
para pagarle a mi pasión tributo,
y a pronunciar mi despedida eterna
vistiendo el arpa con crespón de luto.

Amargo adiós entre mis labios vaga,
como rueda en el aire el eco incierto
del gemido de un hombre que naufraga
cuando corta el bajel ondas del puerto.

¡Ya no más te veré! –Ronco murmullo
levanta mi conciencia, y yo indignado
imponiendo cadenas a mi orgullo
perdón te pido por haberte amado!

¡Perdón! ¡Perdón! –No pienses, inhumana,
que mi tormento y mi dolor mitiga
la promesa de hallar en ti una «hermana,»
o el pensamiento de llamarte «amiga.»

Olvida el loco afán y el entusiasmo
con que tu imagen adoré de hinojos,
y no pagues con risas de sarcasmo
las gotas más acerbadas de mis ojos.

Olvida si es posible, las pasadas
noches, en que al cruzar junto a tus rejas
blanquearon mis cabellos las nevadas,
y el viento se llevó mis tristes quejas!

1853

EXPERIENCIA

Pasaron ¡ay! pasaron
las épocas del verso;
y la Deidad del canto
se remontó a los cielos.

No ya por producirse
mis locos pensamientos,
del arte y de la ciencia

quebrantan los preceptos;

no ya como otros días
a toda vela llevo,
por ignorados mares
mi débil barquichuelo;

no ya tras una sombra
me lanzo aventurero,
ya sé lo que es naufragio
y el ancla eché en el puerto.

1857

SONETO

Dichoso el hombre que sensible y tierno
en la heredad de su familia espera,
poder sembrar el grano en primavera
y recoger el fruto en el invierno.

Dichoso aquel que con placer interno
celebrando una boda placentera,
elige por esposa y compañera
una vecina del hogar paterno.

Mas ¡ay! del triste a quien la fiebre abrasa
y en tierra extraña suspirando siente
que muere el alma en eternal desmayo!

¡Oh! trasportadme a mi paterna casa,
y allí dejadme calentar la frente
del sol de Cuba al abrasante rayo!

1852.

DUDAS

Mirando estábamos juntos
en ilusión agradable,
cómo cruzaban las nubes
por el cielo de la tarde.

Te engañabas a ti misma
pensando tal vez amarme,
y yo estudiaba dudoso
la expresión de tu semblante.

¡Ah! tú eras pura, muy pura,
santa en aquellos instantes,
flor que comienza a entreabrirse,
eras virgen, eras ángel!

Yo hubiera dado la vida
por confiar, mi dulce amante,
en tus gratos juramentos
y tus besos inefables;

pero yo sé que el olvido
con voz de amargos pesares,
en reloj de desengaños
cuenta al amor los instantes.

Yo sé que cuando partimos
a alguna tierra distante,
lloran aquellos que amamos
y se consuelan más tarde.

Sé que al borde de las tumbas
se siembran lirios fragantes,
pero después de marchitos
¿quién siembra otros lirios? ¡nadie!

Tu suspiro enamorado
salió del labio abrasante
como buscando algún eco
y algún alma en qué hospedarse.

Te estreché la mano y... luego
partí sin poder hablarte,
y fui con mis desengaños
a sufrir a otros lugares...

¡Ah! bendecidas mis dudas,
pues tus amores fugaces,
pasaron como las nubes
por el cielo de la tarde!

1850